

Monólogos

Andrea García¹



Vanessa Pérez
Noguera

Cada vez que estoy acá, sobre el escenario, pienso en Héctor. Fue mi profesor y mi gran amigo. La primera vez que lo vi fue en el salón múltiple que ahora es la biblioteca. En esa primera clase, recuerdo que dijo algo que se quedó conmigo para toda la vida y que aún le repito a mis estudiantes: “este oficio es noventa por ciento disciplina y diez por ciento talento. Requiere mucha disciplina, entrega”. Y eso era lo que Héctor demostraba con su nivel de detalle, reflexión y dedicación. Era un actor profundo, disciplinado, que siempre intentaba encontrar la verdad en lo que hacía y por eso le era posible crear seres humanos en el escenario. No era solo un personaje, era un ser humano que uno podía ver moviéndose entre las emociones y el rigor; un ser humano que se desplegaba en una partitura de acciones minuciosas. Era el perfecto ejemplo del ser humano en el teatro por su conciencia del oficio, su rigor y su generosidad tanto en la vida como en el escenario, sobre el que dejaba que su voz inundara ese pedazo de mundo que compartíamos y habitábamos desde la emoción.

El montaje de *¿Quién le teme a Virginia Woolf?* es el primer recuerdo que tengo de Héctor. Él dirigía la obra. En ese momento la carrera de Arte Dramático aún no estaba dividida en semestres, era mi primer año. Interpretaba a Honey. Yo sabía que quería estudiar actuación, pero me costaban muchas cosas

1• Esta pieza literaria fue escrita por Vanessa Pérez Noguera, a partir de una entrevista realizada a Andrea García, actriz del Teatro Libre, egresada y profesora de Voz en el Departamento de Arte Dramático de la Universidad Central.

todavía, era muy tímida; sentía que no podía abrirme totalmente, se me dificultaba llevar a cabo lo que tenía en la cabeza. Sentía que me estaba encontrando como persona y al mismo tiempo me estaba transformando en otros. Todo eso se revolvía dentro de mí. Entonces, Héctor me dijo que quizá ver fotos de Jacqueline Kennedy me ayudaría a crear una imagen más clara de Honey, porque se asemejaba en comportamiento y en ese modo suave de la voz. Y esto de usar referentes reales para darle un cuerpo más vivo a los personajes me sirvió de ahí en adelante, se me quedó para toda la vida.

Después dirigió *La farsa y licencia de la reina Castiza*. Yo estaba en tercer año y hacía el papel de un viejo intendente. Se decía que toda la corte que seguía al rey era homosexual, es decir, tenía que representar a un viejo con rasgos afeminados. Eso me costó mucho, muchísimo. No lograba apropiarme del personaje ni sabía qué rasgos le pertenecían. Por eso, Héctor peleó mucho conmigo. Estalló todo en el salón, que conocíamos como “El lote”. Estaba enfurecido, se movía acá y allá, de un lado para otro. Me dijo furioso que no entendía qué me pasaba. Estaba desesperado como nunca lo había visto, porque Héctor era un ser humano muy tranquilo. Me dijo que yo no estaba jugando y esa era la razón de mi frustración. Después de eso, hice un pene con una media y metí algunas lanas para sentirme masculina: empecé a jugar igual que Héctor, de un lado para el otro, como queriendo imitar a uno de sus personajes. Cuando le conté, un tiempo después, se murió de la risa, porque no se imaginaba que yo hubiera hecho algo así.

Como actor, una de las representaciones más sorprendentes de Héctor se desarrollaba en *Crimen y castigo*: era una clase completa de actuación. Las relaciones que tejía con los objetos y con los otros personajes eran fascinantes. Era muy abierto. Por eso, y por su inagotable generosidad, nos hicimos amigos. Justamente se dio gracias a esta obra, pero algunos años después. Me dijeron que necesitaban un reemplazo y yo empecé a preparar el personaje. Estaba muy nerviosa, porque iba a actuar con él. Después del primer ensayo, a dos semanas del estreno, me quedé hablando con Héctor. Ahí se empezó a fortalecer nuestra relación, nos empezamos a acercar más. Era un gran amigo mío y sé que lo voy a extrañar mucho.



Sobre todo, voy a extrañar molestarlo. Recuerdo que le agarraba la parte de atrás de la rodilla cuando lo veía por ahí y él se sacudía y decía: “¡Ay, esta mujer!”.

A veces, después de los ensayos, salíamos a tomar una cerveza y nos sentábamos a hablar de la obra. Entre tantas charlas descubrimos otro gusto en común: nos dimos cuenta de que a ambos nos encantaba el pan. Y me decía: “Andreíta, mira, acá hay un pan de no sé qué”, y yo: “Héctor, allí hay un postre de no sé qué más”, y empezamos a ir a varias pastelerías, en especial a una que está cerca del Teatro Libre. Eso nos unió mucho.

Compartíamos mucho tiempo y, quizás por ello, en el escenario se forjó una preocupación por el otro muy particular: nos guiábamos. Como Héctor no escuchaba muy bien por un oído, yo le repetía algunas líneas. Y como yo no veo muy bien en la oscuridad, él me tomaba del brazo y me llevaba por la trasescena sin tropiezos. Eso era actuar con Héctor: sentir su cercanía. Además, era un aprendizaje constante: gracias a él asimilé la idea de escuchar verdaderamente al otro y estar presente, ocupar con plena conciencia esta parte del mundo y del escenario que sentimos nuestra y en la que Héctor se quedará para siempre. Y son justo esas posibilidades del actor y del ser humano que se daban en él de forma natural lo que más admiro: la riqueza que había en él desde su ser actor, tocando el mundo interior y jugando con las emociones y el estrés de la vida. Todo como un perfecto y complicado entendimiento de las relaciones.

Por todo esto, me gusta ocupar esos espacios en los que estuvimos. Sobre todo, acá, en la trasescena, esperando para repetir las líneas, para que me tome del brazo y vayamos por un postre. Pero, sobre todo, me gusta ocupar el escenario porque sé que siempre lo voy a encontrar acá ○